



LA REVISTA CATOLICA.

PERIÓDICO FILOSÓFICO, HISTÓRICO Y LITERARIO.

Non vincit nisi veritas: victoria veritatis est Caritas.

La verdad es la que vence: la caridad es el triunfo de la verdad.

San Agustín. Sermon 358.

SUMARIO.

Poseciones diabólicas.—Continuacion de las Conferencias del Padre Félix.—Crónica extranjera.

Poseciones diabólicas.

Casi todos los que han observado de cerca los fenómenos que se notaban en la muchacha que ha sido hasta no ha muchos días el objeto de la atención pública, los han atribuido a una posesion diabólica; otras sin empargo han creído que los accidentes eran efectos de alguna enfermedad natural que no todos estan de acuerdo en calificar, i aun no han faltado quienes hayan atribuido las cosas a una mera ficcion. Sin emitir nuestra opinion sobre el presente caso; en medio de esta diversidad de pareceres creemos que debe respetarse el juicio que cada cual haya formado despues de un maduro i detenido exámen de los hechos; i que por lo mismo es altamente reprochable la conducta de los que no solo han tomado ocasion de aquí para ultrajar soezmente a los que no han pensado como ellos, sino que tambien se han empeñado en negar hasta la posibilidad de las poseciones; considerando esta creencia como propia solo de épocas de atrazo e

indigna de ocupar la atención de un hombre civilizado.

Como estas vanas declamaciones, tan comunes en boca de los que hacen alarde de no creer en nada por el temor de no aparecer como retrógrados, importan la negacion de hechos que la escritura atestigua i tienden a poner en ridículo los exorcismos i preces que la Iglesia ha establecido para lanzar el demonio del cuerpo de los posecidos, nos han parecido consignar aquí algunas reflexiones sobre esta materia. Ellas, es verdad, no servirán de nada para los que hacen profesion de no creer que hai algo mas allá de la materia, pero serán de una fuerza decisiva para los católicos i aun para los protestantes que no pueden dejar de mirar en los libros sagrados la palabra de Dios.

La historia enseña que desde la mas remota antigüedad ha sido una creencia universal, esparcida en todos los pueblos, la de considerar la naturaleza llena de espíritus que dirijian sus movimientos, i que, dotados de una intelijencia i poder superiores a los del hombre, influian los unos en el bien i los otros en el mal existente en el mundo. Por una consecuencia natural dedujeron de aquí, que era necesario ganarse a los unos i apla-

car la ira i malignidad de los otros por medio de sacrificios i ofrendas: de donde resultó la idolatria, la supersticion, la adivinacion i todas las demas prácticas repugnantes de que estaba plagado el paganismo antes de la venida del Salvador i aun ahora entre aquellas naciones en que no ha penetrado aun la luz del Evangelio.

Esta no era la opinion del pueblo rudo solamente: los filósofos i los mas grandes sábios del paganismo participaban tambien de ella. Veian en el mundo una multitud de fenómenos que no podian esplicar por ningun mecanismo ni medio humano; pero que tampoco les era dado atribuir a Dios porque pugaban con la idea que tenian de sus perfecciones; por lo cual no pudieron menos que reconocer la existencia de otros seres superiores al hombre e inferiores a Dios.

El pueblo judío que habia visto brillar en su seno la luz de la revelacion, participaba tambien de esta idea; pero la encontraba fundada en los libros santos cuya lectura le era familiar. El Génesis, en la historia de la caida del primer hombre, dice que Eva fué inducida a la desobediencia por un enemigo pérfido oculto bajo la forma de serpiente; en el Deuteronomio se refiere que los Israelitas sacrificaron sus hijos al demonio; este fué quien por permission divina afligió al santo Job, i finalmente un demonio fué el que dió la muerte a los siete maridos de Zara.

En el nuevo testamento no es menos clara la potestad que se le reconoce en una multitud de pasajes. Jesucristo i sus apóstoles le atribuyen la seguedad de los judíos, la traicion de judas, los grandes crímenes, etc.; le llaman el padre de la mentira, la antigua serpiente i dan a entender que él era el objeto del culto de los paganos. Cuando los judíos acusaron a Jesucristo de lanzar los demonios por el poder de Belzebub príncipe de las tinieblas, les respondió:

«Todo reino dividido contra sí mismo desatado será . . . I si Satanás echa fuera a Satanás, éles su propio enemigo, ¿cómo, pues, sostendrá su imperio? si yo arrojo a los demonios por Belzebub ¿por quién los arrojan nuestros hijos? por eso serán ellos nuestros jueces; si por el contrario los arrojo por el espíritu de Dios llegó para vosotros el reino de Dios . . . cuando sale el espíritu impuro del hombre, anda errante i no encuentra descanso, i dice: yo volveré a la mansion de donde salí: toma con él otro siete espíritus mas malvados que él, i entran i habitan en ella: el último estado de este hombre es peor que el primero.»

El Salvador manda a los demonios i ellos le responden i obedecen. El Evangelio refiere de un endemoniado que habitaba en Jerasa, i que furioso rompía las cadenas con que lo

sujetaban; no sufría vestidos en su cuerpo i se retiraba a los parajes desiertos i a los sepulcros. Viendo a Jesucristo exclamó el poseído: Jesus, hijo de Dios altísimo, qué hai entre vos i yó? no me atormenteis. Jesus preguntó al demonio ¿cuál es vuestro nombre? Yo me llamo *Lejion*, respondió, porque aquí somos en gran número; no nos enviéis al abismo, dejadnos entrar en esa piara de puercos que pasa en el campo. Jesus lo permitió i estos animales en número de cerca de dos mil se precipitaron furiosamente en el mar.

Dá tambien a sus apóstoles el poder de curar las enfermedades i lanzar los demonios, i algun tiempo despues dicen al Salvador. «Señor, los demonios nos están sumisos en vuestro nombre», i él les contesta: «Yo he visto caer a Satanás como un relámpago.»

Dicen los incrédulos que el demonio no puede obrar sobre el cuerpo de los hombres, que las pretendidas operaciones diabólicas son concepciones de una imaginacion exaltada, i que por tanto no han existido jamás verdaderas posesiones, i que los que llamados energúmenos son hombres que tienen el cerebro trastornado, que deben ser curados con los remedios del arte i no con exorcismos. Desde luego se vé que si las posesiones no han existido jamás i si los que se apellidan tales no son sino enfermedades naturales, Jesucristo con sus palabras i conducta confirma la preocupacion falsa en que estaban los judíos de que era un espíritu maligno el que atormentaba a los energúmenos, e induce al error a sus apóstoles; i a un error pernicioso pues que introducía en su iglesia las supersticiones del paganismo. Así vemos que los apóstoles tomaron al pie de la letra que el Salvador habia dicho con respecto a los endemoniados, i a ejemplo suyo exorcismaron i lanzaron en su nombre a los demonios. En la ciudad de Filispos, San Pablo curó con un exorcismo a una jóven poseída que procuraba a sus dueños una buena ganancia revelando las cosas ocultas. El Santo Apóstol dijo al espíritu malo: «Yo te mando en nombre de Jesus salir de esta jóven,» i en el acto quedó sana. I es de observar que los que reportaban el lucro persiguieron al Apóstol i lo acusaron porque les habia quitado esta ganancia. Otro prodijio semejante obró en Efeso.

Desde que Jesucristo destruyó el imperio del demonio con su muerte, la accion visible de éste ha cesado en gran parte; i aunque los casos de verdadera posesion sean mas raros que lo que eran en otro tiempo, no han faltado sin embargo muchos en que se ha hecho un lejítimo uso de los exorcismos de la Iglesia. Para negar los hechos de esta naturaleza que han tenido lugar en re-

CONFERENCIAS

PREDICADAS POR EL R. P. FELIX, DE LA COMPAÑIA DE JESUS, EN LA IGLESIA CATEDRAL DE PARIS, EN LA PRESENTE CUARESMA.

(Continuacion).

repetidas ocasiones, sería necesario rechazar el testimonio de la historia i venir a caer en el peronismo universal. Bien conocida es la historia de la posesion que de las monjas de Loudoun en 1624. Severo sulpicio, refiere Feruel i Ambrosio Parco protestante, son otros tantos testigos de vista de hechos de este jénero. Los filósofos Olarcke, Loche i Malebrauche prueban que ninguna imposibilidad existe para que el demonio obre sobre la organizacion del cuerpo; para que se produzcan los efectos que se observan en las posesiones. Los mas hábiles naturalistas convienen en que deben considerarse como signos indudables de la posesion los siguientes, que son mas o menos los mismos que indica el ritual romano,

1.º Cuando los poseidos permanecen suspensos en el aire por mucho tiempo, sin que el arte tenga parte en ello.

2.º Cuando hablan idiomas que no han aprendido o responden a las preguntas que se les hacen en estos mismos idiomas.

3.º Cuando revelan lo que sucede en lugares lejanos, sin que pueda esto atribuirse a la casualidad.

4.º Cuando descubren cosas ocultas que no pueden conocerse naturalmente, como los pensamientos o deseos interiores de otras personas.

5.º Cuando manifiestan fuerzas superiores a las que naturalmente debieran tener, atendiendo su edad i condicion.

Finalmente, muchos dudan de la efectividad de las posesiones porque no conciben que Dios pueda permitir a los demonios dañar a las criaturas que ha criado para que sean felices. Es verdad que Dios no puede dejarles una libertad sin límites como la que atribuan los paganos a sus demonios; restringe esta libertad segun le place i dá al mismo tiempo al hombre las fuerzas necesarias para vencer, pero no es mas indigno de Dios hacer sentir sobre los pecadores el brazo de su justicia i probar la fidelidad de los justos por las operaciones del demonio, que valiéndose de la pobreza, de los sufrimientos naturales i demas calamidades que aquejan al hombre sobre la tierra. Sobre todo, en un siglo de tanto olvido de Dios i de la vida futura, nada extraño tiene, en nuestro concepto, que permita la accion visible de estos enemigos del jénero humano, i que obligue a los poderes del infierno a tributar el homenaje de respeto que se merecen las cosas santas, que suelen servir a algunos de tema para blasfemar.

Recapitulando sucintamente el tema de la precedente conferencia, el padre Félix insiste sobre la necesidad de introducir una reforma moral en la industria moderna, si no se quiere correr hácia la decadencia i ruina mas completa.

Ya el año pasado el ilustre orador, demostrando que el progreso social, científico i artístico arrastraba sin el progreso moral a las mismas ruinas i decadencias, concluyó, lo que ahora tambien sostiene, esto es, *la necesidad absoluta del progreso moral por el perfeccionamiento de los hombres para realizar el verdadero progreso humano.*

«Por consiguiente, prosigue, nuestra situacion moral debe llamar la atencion de los espíritus privilegiados i atentos en estos momentos en que todo, escepto nuestras virtudes, parece progresar a nuestro alrededor. En medio de la embriaguez universal del mundo contemporáneo por todo lo que se titula *progreso*, yo columbro decadencias morales cuyo espectáculo me contrista i hace temer por el porvenir de la humanidad.

¡Ah, señores! yo tengo amor a mi siglo; esto es, amo a los hombres de mi tiempo: si no los amara, ¿cómo hallaria yo en mi corazon la pasion de hacerles bien? En efecto, porque amo apasionadamente a los hombres con quienes Dios me ha dado la vocacion de vivir i acordado la gracia de consagrarme en su obsequio, me siento impelido por la caridad de Jesucristo para revelarles su miseria, toda su miseria.

Ahora bien, señores, si queréis conocer la miseria de nuestro tiempo, la soberana miseria, yo os la diré sin rodeos, pero con amor i verdadera adhesion: esta miseria espantosa, *es la corrupcion de las costumbres*. En vano queremos ocultarla bajo el velo de una prosperidad facticia; esta miseria se descubre a pesar nuestro; en todos los pliegues de nuestros disfraces, se revela a las miradas del observador en su realidad terrible; i si despues de diez i ocho siglos de cristianismo, Tácito resucitase hoy, no hai duda que repetiria esta célebre palabra: *Corrumpere et corrumpi sæculum vocatur*: Corromper i ser corrompido, he ahí el nombre del siglo.

Tal es el mal del siglo que quiero combatir, no con exajeracion calculada, con la ironía amarga de la sátira, ni con la cólera acre i maligna de un libelista, sino con la